



02
octubre

Domingo XXVII Tiempo Ordinario
(Ciclo C) – 2016



Texto Litúrgico



Exégesis



**Comentario
Teológico**



Santos Padres



Aplicación

**Directorio
Homilético**

Información

Textos Litúrgicos

- Lecturas de la Santa Misa
- Guión para la Santa Misa

Domingo XXVII Tiempo Ordinario (C)

(Domingo 2 de Octubre de 2016)

LECTURAS

El justo vivirá por su fidelidad

Lectura de la profecía de Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4

¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio

sin que tú escuches,

clamaré hacia ti: «¡Violencia!»,

sin que tú salves?

¿Por qué me haces ver la iniquidad

y te quedas mirando la opresión?

No veo más que saqueo y violencia,

hay contiendas y aumenta la discordia.

El Señor me respondió y dijo:

Escribe la visión,

grábala sobre unas tablas

para que se la pueda leer de corrido.

Porque la visión aguarda el momento fijado,

ansía llegar a término y no fallará;

si parece que se demora, espérala,

porque vendrá seguramente, y no tardará.

El que no tiene el alma recta, sucumbirá,

pero el justo vivirá por su fidelidad.

Palabra de Dios.

SALMO Sal 94, 1-2. 6-9 (R.: 8)

R. ¡Ojalá hoy escuchen la voz del Señor!

¡Vengan, cantemos con júbilo al Señor,

aclamemos a la Roca que nos salva!

¡Lleguemos hasta Él dándole gracias,

aclamemos con música al Señor! R.

¡Entren, inclinémonos para adorarlo!

¡Doblemos la rodilla ante el Señor que nos creó!

Porque él es nuestro Dios,

y nosotros, el pueblo que él apacienta, las ovejas conducidas por su mano. R.

Ojalá hoy escuchen la voz del Señor:

«No endurezcan su corazón como en Meribá, como en el día de Masá, en el desierto, cuando sus padres me tentaron y provocaron, aunque habían visto mis obras». R.

No te avergüences del testimonio de nuestro Señor

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 1, 6-8. 13-14

Querido hermano:

Te recomiendo que reavives el don de Dios que has recibido por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad.

No te avergüences del testimonio de nuestro Señor, ni tampoco de mí, que soy su prisionero. Al contrario, comparte conmigo los sufrimientos que es necesario padecer por el Evangelio, animado con la fortaleza de Dios.

Toma como norma las saludables lecciones de fe y de amor a Cristo Jesús que has escuchado de mí. Conserva lo que se te ha confiado, con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Palabra de Dios.

ALELUIA 1Ped 1, 25

Aleluia.

La Palabra del Señor permanece para siempre.

Ésta es la Palabra que les ha sido anunciada: el Evangelio.

Aleluia.

EVANGELIO

Si tuvieras fe

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 17, 3b-10

Dijo el Señor a sus discípulos: «Si tu hermano peca, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo. Y si peca siete veces al día contra ti, y otras tantas vuelve a ti diciendo: "Me arrepiento", perdónalo».

Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». Él respondió: «Si ustedes tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza, y dijeran a esa morera que está ahí: "Arráncate de raíz y plántate en el mar", ella les obedecería.

Supongamos que uno de ustedes tiene un servidor para arar o cuidar el ganado. Cuando este regresa del campo, ¿acaso le dirá: "Ven pronto y siéntate a la mesa"? ¿No le dirá más bien: "Prepárame la cena y recógete la túnica para servirme hasta que yo haya comido y bebido, y tú comerás y beberás después"? ¿Deberá mostrarse agradecido con el servidor porque hizo lo que se le mandó?

Así también ustedes, cuando hayan hecho todo lo que se les mande, digan: "Somos simples servidores, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber"».

Palabra del Señor

[Volver Textos Litúrgicos](#)

GUIÓN PARA LA MISA

Guión Domingo XXVII Tiempo Ordinario

Ciclo C

Entrada

Debemos concurrir con fe al sacrificio de la Cruz y unirnos vitalmente en la ofrenda y en el espíritu sacrificial de Cristo. De este modo, la Santa Misa es también nuestro sacrificio.

1° Lectura Hab 1, 2-3; 2, 2-4

El justo vivirá por la fe, y sin ella es imposible agradar a Dios.

2° Lectura 2Tim 1, 6-8.13-14

Conservemos el precioso depósito de la fe, bajo la acción del Espíritu Santo que mora en nosotros.

Evangelio Lc 17, 3-10

La fe es fundamento de las cosas que se esperan; la fe es prueba de las cosas que no se ven. El hombre se salvará por su fe en Cristo.

Preces

Elevemos nuestras súplicas a Cristo, quien por la fe habita en nuestros corazones, y digámosle confiadamente.

A cada intención respondemos...

+ Por nuestro Santo Padre Francisco, para que el depósito de la fe a él confiado se extienda hasta los confines del mundo. Oremos...

+ Por los ministros del altar, para que la oración y la unión fraterna entre los sacerdotes, alivie su cansancio, los conforte en sus tristezas y no decaigan ante las tribulaciones. Oremos...

+ El mes de octubre está dedicado a la promoción de las misiones en tierras donde todavía no conocen a Cristo. Pidamos a Dios que envíe abundantes misioneros que difundan el nombre de Jesús por todo el orbe y pidamos que fortalezca a los misioneros católicos que se gastan y desgastan por el Evangelio. Oremos.

+ Para que las Universidades católicas sean cada vez más lugares donde, gracias a

la luz del Evangelio, sea posible experimentar la armónica unidad que hay entre razón y fe. Oremos.

+ Por todas las familias, para que los esposos, unidos en vínculos de estrecha caridad, ejerzan un espíritu de verdadera paternidad para con sus hijos. Oremos...

+ Para que, al comienzo del mes dedicado al Santo Rosario, comprendamos el valor inmenso de esta oración y hagamos de este mes una gran plegaria a Dios por intercesión de la Santísima Virgen. Oremos...

Recibe, Señor, nuestra oración y con ella a nosotros que en esta Eucaristía alimentamos el deseo de seguirte. Tú que vives y reines por los siglos de los siglos.

Ofertorio

Llevemos al altar nuestras ofrendas, manifestando nuestra fe y devoción para participar en el Sacrificio eucarístico.

- Ofrecemos **cirios** para el servicio del altar
- En el **pan** y el **vino** que ofrecemos y que se convertirán en el Cuerpo y Sangre de Jesús, le pedimos a Dios que acepte toda nuestra vida.

Comunión

Jesús, tú eres esperanza de los arrepentidos. ¡Qué tierno eres con los que te desean!
¡Qué bueno eres con los que te buscan! ¿Qué no serás, entonces, para el que te encuentra?

Salida

Que María, la Estrella que guía nuestro caminar hacia la Patria, acompañe los pasos de la Iglesia peregrina en la fe.

[Volver Textos Litúrgicos](#)

Inicio

Exégesis

Alois Stöger

Tres indicaciones para los discípulos

3b Si tu hermano peca, repréndelo, y si se arrepiente perdónalo. 4 Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces vuelve hacia ti para decirte: Me arrepiento, lo has de perdonar.

¿Cómo se ha de restablecer y mantener la paz? Los discípulos son una comunidad de hermanos. Si tu hermano peca... Hermanos se llamaban los compatriotas y correligionarios judíos; este título pasó a los cristianos. Deben proceder como hermanos que tienen solicitud por la santificación de los hermanos. La comunidad fraterna de los discípulos no es una comunidad de santos exenta de faltas. Cuando peca el hermano, cuando peca contra el hermano, éste no debe permanecer impasible; se trata, en efecto, de la salvación del hermano. Lo primero que hay que hacer es reprenderlo. El que lo deja obrar a su talante sin preocuparse de su pecado, se hace culpable: «No odies en tu corazón a tu hermano, pero repréndelo para no cargarte tú por él con un pecado» (Lev_19:17). La palabra de amonestación inducirá al hermano a corregirse. Si éste reconoce su culpa y se convierte, entonces debe el hermano perdonar al hermano.

La comunidad de los discípulos se santifica cuando un hermano perdona al otro, le perdona una y otra vez a pesar de las recaídas, siete veces al día, siempre que haga

falta, sin límite alguno. Si el discípulo perdona a su hermano, también Dios le perdonará a él su propia culpa (Lev_11:4). Con la solicitud de todos por la salvación del hermano y con el perdón de todas las ofensas personales y de todos los agravios experimentados viene a ser el pueblo de Dios un pueblo santo. También aquí, como en el caso del perdón de Dios, el arrepentimiento y conversión es la base de todo.

d) Bienaventurado el pobre (/Lc/17/05-10)

5 Los apóstoles dijeron al Señor: Auméntanos la fe. 6 Respondió el Señor: Si tenéis una fe del tamaño de un granito de mostaza, podéis decir a este sicómoro: Desarráigate y plántate en el mar, y os obedecerá.

¿Quién puede cumplir las exigencias radicales de Jesús? ¿Su exposición y superación de la ley? ¿La decisión radical en favor de Dios contra el asalto del Mamón? Una vez que Jesús, en otra ocasión, expuso sus exigencias radicales, dijeron sus oyentes: «¿y quién podrá salvarse?» Pero él explicó que lo que es imposible al hombre es posible a Dios (Lev_18:26). Ahora hablan los apóstoles. Han comprendido que a su fe hay que añadirle fe si han de cumplir lo que exige Jesús. Aguardan de Jesús la fuerza de cumplir lo que él les pide. Jesús anuncia la salvación y también sus condiciones, y da la fuerza para cumplirlas. él es poderoso en obras y en palabras.

El don salvífico fundamental es la fe. Con la fe se domina lo más difícil; a la fe se ha prometido la salvación. El grano de mostaza es la más pequeña de todas las semillas (Mar_4:31). apenas tan grande como una cabeza de alfiler.

La fuerza de las raíces del sicómoro negro es tan grande que este árbol puede estar en pie en la tierra 600 años, pese a todas las inclemencias del tiempo. sin embargo, una sola palabra proferida con el mínimo de verdadera confianza en Dios podría hacer que tal árbol se arrancara y se transplantara al mar. Por mar se entiende aquí el lago de Genesaret. Dios da fuerza divina para cumplir los imperativos de Jesús, si el que sigue a Jesús cree que con él se ha inaugurado el tiempo de salvación y si pone toda su confianza en lo que él anuncia. Jesús anuncia el reino misericordioso de Dios.

Quien reconoce su propia pobreza e incapacidad mediante una confianza sin límites en la obra salvífica de Dios por Jesús, alcanza algo sobrehumano, la nueva vida. En él se glorifica Dios. Lázaro, el pobre mendigo que, con su nombre, anuncia la misericordia de Dios, descansa en el seno de Abraham. La fe da participación en la poderosa vida de Dios la cual no tiene límites. Si el discípulo ha de perdonar siete veces al días, esto es efecto de la infinita misericordia de su amor que perdona, representado por las parábolas relativas al amor de Dios, a los pecadores.

7 ¿Quién de vosotros que tenga un criado arando o guardando el ganado, le dirá al llegar éste del campo: Anda, ponte en seguida a la mesa, 8 y no le dirá más bien: Prepárame de cenar, y disponte a servirme hasta que yo coma y beba; que luego comerás y beberás tú? 9 ¿Acaso tiene que dar las gracias al criado, por haber hecho éste lo que se le mandó?

Al igual que este labrador procederían todos aquellos de los que habla Jesús. El criado trabaja en el campo, contratado por un año. Por ello tiene el labrador derecho a toda su capacidad de trabajo. El criado tiene que arar, cuidar del ganado y desempeñar en la casa todos los servicios, ocuparse de la cocina y de la mesa. Las exigencias del labrador, que por cierto es de los pequeños -sólo tiene un criado para todas las labores-, son irritantes. El criado ha trabajado en el campo, mientras el labrador se estaba en casa; el criado vuelve a casa fatigado, y el labrador está a la mesa y se deja servir por él; el criado tiene hambre tras una jornada de trabajo, pero tiene que aguardar hasta que haya comido su amo. El labrador no le da las gracias; hace sencillamente valer sus derechos. En efecto, el criado es eso, criado, y tiene que hacer lo que se le mande. Jesús no se pronuncia sobre esta situación social, irritante para nuestro modo de sentir; la toma sencillamente como imagen para una parábola.

10 Pues igualmente vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que teníamos que hacer.

La parábola no trata de ofrecer un retrato de Dios, sino únicamente hablar de la actitud del hombre ante Dios. El servicio de Dios es un servicio de criados. Dios da el encargo, el hombre tiene que cumplirlo. El deber pesa sobre el hombre como la responsabilidad civil sobre el deudor. Dios no le debe nada, él lo debe todo a Dios. él no tiene exigencias que formular a Dios; Dios no le debe la menor recompensa, ni

siquiera gratitud. Incluso si el criado ha hecho todo lo que se le había encargado, no ha hecho sino cumplir su deber. El criado es, en efecto, eso, criado, pobre criado, que no sirve para otra cosa sino para ser su criado, simple criado y nada más. El discurso profético de Jesús sostiene sin miramientos los derechos de Dios, aunque se ve rebajado casi hasta la nada aquel a quien afectan estos derechos. Así, el hombre viene a ser precisamente libre, vaciándose y dilatándose, para que Dios le otorgue los bienes del reino. Bienaventurados los pobres, pues de ellos es el reino de Dios.

Los doctores de la ley entre los fariseos conciben la relación entre Dios y el hombre como una relación contractual: yo doy para que tú des, prestación por prestación. Si se cumple la ley, si se hace lo que Dios tiene encargado, entonces debe Dios recompensa. La parábola de Jesús descarta tal mentalidad. Dios no debe nada, ni siquiera las gracias. El hombre no es sino un simple criado. En Lucas va dirigida la parábola a los apóstoles. Lo han dejado todo y han seguido a Jesús (5,11), han cumplido con sus exigencias radicales. ¿Pueden hacer valer su prestación? ¿Pueden invocar derechos ante Dios? Según san Mateo, san Pedro dirige a Jesús la pregunta: «Mira: nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué habrá, pues, para nosotros?» (Mat_19:27). Pedro aguarda su recompensa. Este pensar en la recompensa se descarta mediante la parábola de los trabajadores de la viña (Mat_20:1-16). La recompensa de Dios no corresponde a la prestación del hombre. Lo que nosotros llamamos recompensa es don de la bondad divina. Lucas cierra su composición relativa a las exigencias radicales de Jesús con esta parábola del pobre criado. Los apóstoles que lo han dejado todo sólo pueden decir: Sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer. Son criados de Dios que erige su reino, otorga su misericordia proclamándola, hace visible por ellos su magnificencia. En este servicio no pasan ellos nunca de ser simples criados, que sólo hacen aquello a que están obligados. Pablo escribe: «Anunciar el Evangelio no es para mí motivo de gloria; es necesidad que pesa sobre mí. ¡Y ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1Co_9:16). El cristiano que cree haberlo hecho todo, no tiene derecho a formular exigencias a Dios. La actitud que pinta Jesús conserva la paz en la comunidad, pese a todas las diferencias entre las personas (Rom_15:1-2).

(**Stöger, Alois**, El Evangelio según San Lucas, en El Nuevo Testamento y su Mensaje, Editorial Herder, Madrid, 1969)

Inicio

Comentario Teológico

Xavier Leon – Dufour

Fe

Para la Biblia es la fe la fuente de toda la vida religiosa. Al designio que realiza Dios en el tiempo, debe el hombre responder con la fe. Siguiendo las huellas de Abraham, "padre de todos los creyentes" (Rom 4, 11), los personajes ejemplares del AT vivieron y murieron en la fe (Heb 11), que Jesús "lleva a su perfección" (Heb 12,2). Los discípulos de Cristo son "los que han creído" (Act 2,44) y "que creen" (ITes 1,7).

La variedad del vocabulario hebreo de la fe refleja la complejidad de la actitud personal del creyente. Dos raíces dominan sin embargo : aman (cf. *amen) evoca la solidez y la seguridad; hatah, la seguridad y la *confianza. El vocabulario griego es todavía más diverso. La religión griega, en efecto, no dejaba prácticamente lugar para la fe ; los LXX, que no disponían por tanto de palabras apropiadas para reproducir el hebreo, procedieron a tientas. A la raíz hatah corresponden sobre todo: elpis, elpizo, pepoitha (Vulg.: spes, sperare, confido); a la raíz aman: pistis, pisteuo, aletheia (Vulg.: fides, credere, veritas). En el NT las últimas palabras griegas, relativas a la esfera del conocimiento, resultan netamente predominantes. El estudio del vocabulario revela ya que la fe según la Biblia tiene dos polos: la confianza que se dirige a una persona "fiel" y reclama al hombre entero; y por otra parte un proceso de la inteligencia, a la

que una palabra o signos sirven para acercarse a realidades que no se ven (Heb 11,1).

Abraham, padre de los creyentes. Yahveh llama a *Abraham, cuyo padre "servía a otros dioses" en Caldea (los 24,2; cf. Jdt 5,6ss), y le promete una tierra y una descendencia numerosa (Gén 12,1s). Contra toda verosimilitud (Rom 4,19), Abraham "cree en Dios" (Gén 15,6) y en su palabra, obedece a esta *vocación y pone toda su existencia en función de esta *promesa. El día de la *prueba su fe será capaz de sacrificar al hijo, en el que se está realizando ya la promesa (Gén 22); en efecto, para ella la *palabra de Dios es todavía más verdadera que sus frutos: Dios es *fiel (cf. Heb 11,11) y todo *poderoso (Rom 4,21).

Abraham es desde ahora el tipo mismo del creyente (Eclo 44,20). Es el precursor de los que descubrirán al verdadero Dios (Sal 47,10; cf. Gál 3,8) o a su Hijo (Jn 8,31-41.56), a los que para su salud se remitirán únicamente a Dios y a su palabra (1Mac 2,52-64; Heb 11,8-19). Un día se cumplirá la promesa en la resurrección de Jesús, descendencia de Abraham (Gál 3,16; Rom 4,18-25). Abraham será entonces el "padre de una multitud de pueblos" (Rom 4, 17s; Gén 17,5): todos los que en la fe se unirán con Jesús.

AT. La fe de Israel tiene por objeto primero un acontecimiento : la liberación de Egipto, y se expresa en una serie de fórmulas. Con ocasión de las grandes fiestas del año, el israelita recuerda su Credo (Dt 26,5-10) y lo transmite a sus hijos (Ex 12, 26; 13,8; Dt 6,20). Israel no cree más que en su Dios : su historia es la de las vicisitudes y del desarrollo de su fe.

I. LA FE, EXIGENCIA DE LA ALIANZA. El Dios de Abraham *visita en Egipto a su infortunado pueblo (Éx 3, 16). Llama a Moisés, se le revela y le promete "estar con él" para llevar a Israel a su *tierra (Ex 3,1-15). Moisés, "como si viera lo invisible", responde a este gesto divino con una fe que "se mantendrá firme" (Heb 11, 23-29) pese a eventuales flaquezas (Núm 20,1-12; Sal 106,32s). Como *mediador comunica al pueblo el designio de Dios, mientras que sus *milagros indican el origen de su

*misión. Israel es así llamado a "creer en Dios y en Moisés, su servidor" (E 14,31; Heb 11 19) con absoluta confianza (Núm 14,11; Éx 19,9).

La *alianza consagra esta implicación de Dios en la historia de Israel. En cambio, pide a Israel que *obedezca a la *palabra de Dios (Éx 19,3-9). Ahora bien, "**escuchar a Yahveh" es ante todo "creer en él" (Dt 9,23; Sal 106,24s); la alianza exige, pues, la fe (cf. Sal 78,37). La vida y la muerte de Israel de-penderán en adelante de su libre *fidelidad (Dt 30,15-20; 28; Heb 11,33) en mantener el amén de la fe (cf. Dt 27,9-26) que ha hecho de él el *pueblo de Dios. A pesar de las innumerables infidelidades de que está entretejida la historia de la travesía del desierto, de la conquista de la tierra prometida y del estable-cimiento en Canaán, esta epopeya pudo resumirse así: "Por la fe cayeron las murallas de Jericó... y me falta tiempo para hablar de Gedeón, Baraq, Sansón, Jefté, David" (Heb 11,30ss).

Según las promesas de la alianza (Dt 7,17-24; 31,3-8), la omnipotente fidelidad de Yahveh se había manifestado siempre al servicio de Israel, cuando Israel había tenido fe en ella. Así pues, proclamar estas maravillas del pasado como la gesta del Dios invisible era para Israel *confesar su fe (Dt 26,5-9; cf. Sal 78; 105) conservando la *memoria del amor de Yahveh (Sal 136).

II. LOS PROFETAS DE LA FE DE ISRAEL EN PELIGRO. Las dificultades de la existencia de Israel hasta su ruina fueron una dura *tentación para su fe. Los profetas denunciaron la *idolatría (Os 2,7-15; Jer 2,5-13) que suprimía la fe en Yahveh, el formalismo cultual (Am 5,21; Jer 7,22s) que limitaba mortalmente sus exigencias, la prosecución de la salud por la fuerza de las armas (Os 1,7; Is 31,1ss).

Isaías fue el más señalado de estos heraldos de la fe (Is 30,15). Llama a Ajaz del *temor a la *confianza tranquila en Yahveh (7,4-9; 8,5-8) que mantendrá sus promesas a la casa de David (2Sa 7; Sal 89,21-38). Inspira a Ezequías la fe que permitirá a Yahveh salvar a Jerusalén (2Re 18-20). Por la fe descubre él la paradójica *sabiduría de Dios (Is 19,11-15; 29,13-30,6; cf. 1Cor 1,19s).

La fe de Israel estuvo especialmente amenazada en la ocasión de la toma de Jerusalén y del *exilio. Israel, "miserable y pobre" (Is 41, 17), corría peligro de atribuir su suerte a la impotencia de Yahveh y de volverse hacia los dioses de Babilonia victoriosa. Los profetas proclaman entonces la omnipotencia del Dios de Israel (Jer 32,27; Ez 37,14), creador del mundo (Is 40,28s; cf. Gén 1), señor de la historia (Is 41, 1-7; 44,24s), *roca de su pueblo (44,8; 50,10). Los *ídolos no son nada (44,9-20). "No hay dios fuera de Yahveh" (44,6ss; 43,8-12; cf. Sal 115,7-11): pese a todas las apariencias, merece siempre una confianza total (Is 40,31; 49,23).

III. Los PROFETAS Y LA FE DEL ISRAEL FUTURO. En conjunto, Israel no escuchó el llamamiento lanzado por los profetas (Jer 29,19). Para oírlo hubiera debido primero creer en los profetas (Tob 14,4), como en otro tiempo en Moisés (Ex 14,31). Pero también le hablaban falsos profetas (Jer 28,15; 29,31): ¿cómo discernir los verdaderos de los falsos (23,9-32; Dt 13,2-6; 18,9-22)? Sin embargo, la verdadera dificultad se hallaba en la fe misma, por razón de su contenido, de su objeto, de sus exigencias.

1. La fe personal de los profetas. En primer lugar en los *profetas mismos se transmite la autenticidad de la fe. El fracaso de su predicación los forzaba a renovar su fe en la *vocación y en la *misión recibidas de Dios (cf. Heb 11,33-40). A veces se mantenía inquebrantable desde los orígenes (Is 6; '8.17; 12,2; 30,18); a veces vacilaba antes de afirmarse frente a un llamamiento exigente (Jer 1) o era probada por una aparente ausencia de Dios (1Re 19; Jer 15,10-21; 20,7-18), antes de llegar a una tranquila firmeza (Jer 26; 37-38). Esta fe irradiaba en un grupo más o menos amplio de *discípulos (Is 8,16; Jer 45), que constituía por adelantado el resto prometido.

2. La fe del pueblo venidero. El fracaso del llamamiento a arrastrar a Israel entero por el camino de la fe induce a los profetas a profundizar las promesas del Dios fiel y a aguardar en el futuro la fe perfecta. El Israel futuro será reunido por la fe en la *piedra

misteriosa de Sión (Is 28,16; cf. IPe 2,6s); el *resto de Israel será un pueblo de *pobres a los que reúne su *confianza en Dios (Miq 5,6s; Sof 3,12-18). En efecto, sólo "el justo vivirá, por su fidelidad (LXX = su fe)" (Hab 2,4); la salvación es para los que superan la *prueba (Mal 3,13-16). En estas visiones del futuro la fe se llama *conocimiento (Jer 31,33s), y supone que Dios ha renovado definitivamente los *corazones (32,39s; Ez 36, 26) haciéndolos perfectamente *obedientes (36,27). Supone finalmente el sacrificio del *siervo de Yahveh: en una prueba que va hasta la muerte (Is 50,6; 53), la fe "endurece su rostro" en una confianza absoluta en Dios (50,7ss; cf. Lc 9,51), que el porvenir justificará plenamente (Is 53,14ss; cf. Sal 22).

Ahora bien, el pueblo venidero no comprende solamente al Israel histórico, sino que se extiende incluso a las *naciones. La *misión del siervo las alcanza efectivamente (Is 42, 4; 49,6). El Israel futuro, pueblo de la fe, se abre a todos los que reconocen al Dios único (43,10), lo *confiesan (45,14; 52,15s; cf. Rom 10, 16) y cuentan con su poder para ser salvos (Is 51,5s).

IV. HACIA LA REUNIÓN DE LOS CREYENTES. En los siglos que siguen al exilio la comunidad judía tiende a configurarse al Israel futuro anunciado por los profetas, aunque sin llegar a vivir en una verdadera "asamblea de creyentes" (IMac 3,13).

1. La fe de los sabios, de los pobres y de los mártires. Como los profetas, también los sabios de Israel sabían hacía tiempo que para ser "salvos" sólo podían contar con Yahveh (Prov 20,22). Cuando toda salvación resulta inaccesible en el plano visible, la *sabiduría requiere una confianza total en Dios (Job 19,25s), con una fe que sabe que Dios es siempre omnipotente (Job 42,2). En esto están los sabios muy cerca de los *pobres que cantaron su confianza en los salmos.

El salterio entero proclama la fe de Israel en Yahveh, Dios único (Sal 18,32; 115), creador (8; 104) todo-poderoso (29), señor fiel (89) y misericordioso (136) para con su pueblo (105), rey universal del futuro (47; 96-99). No pocos salmos expresan la confianza de Israel en Yahveh (44; 74; 125). Pero los más altos testimonios de fe son

*oraciones, en las que la fe de Israel se expansiona en una confianza individual de rara calidad. Fe del justo perseguido, en Dios que lo salvará tarde o temprano (7; 11; 27; 31; 62); confianza del pecador en la misericordia de Dios (40, 13-18; 51; 130); seguridad apacible en Dios (4; 23; 121; 131) más fuerte que la muerte (16; 49; 73): tal es la oración de los pobres, reunidos por la certeza de que por encima de toda prueba (22) les reserva Dios la buena nueva (Is 61,1 ; cf. Lc 4,18) y la posesión de la tierra (Sal 37,11; cf. Mt 5,4).

Por primera vez sin duda en su historia (cf. Dan 3) se enfrenta Israel después del exilio con una sangrienta *persecución religiosa (IMac 1,62ss; 2,29-38; cf. Heb 11,37s). Los *mártires mueren no sólo a pesar de su fe, sino por causa de la misma. Sin embargo, la fe de los mártires no flaquea al afrontar esta suprema ausencia de Dios (IMac 1,62); incluso se profundiza hasta esperar, por la fidelidad de Dios, la *resurrección (2Mac 7; Dan 12,2s) y la inmortalidad (Sab 2,19s; 3,1-9). Así la fe personal, afirmándose cada vez más, reúne poco a poco el *resto, beneficiario de las promesas (Rom 11,5).

2. La fe de los paganos convertidos. Por la misma época pasa por Israel una corriente misionera. Como en otro tiempo Naamán (2Re 5), no pocos paganos creen en el Dios de Abraham (cf. Sal 47,10). Entonces se escribe la historia de los ninivitas, a los que la predicación de un solo profeta, para vergüenza de Israel, induce a "creer en Dios" (Jon 3,4s; cf. Mt 12(41); la de la conversión de Nabucodonosor (Dan 3-4) o de Ajjor, que "cree y entra en la casa de Israel" (Jdt 14,10; cf. 5,5-21): Dios deja a las *naciones el tiempo de "creer en él" (Sab 12,2; cf. Eclo 36,4).

3. Las imperfecciones de la fe de Israel. La persecución suscita mártires, pero también combatientes que se niegan a morir sin luchar (IMac 2,39ss) para liberar a Israel (2,11). Contaban con Dios para que les procurase la *victoria en una lucha desigual (2,49-70; cf. Jdt 9,11-14). Fe, admirable en sí misma (cf. Heb 11,34.39), pero que coexistía con una cierta confianza en la *fuerza humana.

Otra imperfección amenazaba a la fe de Israel. Mártires y combatientes habían muerto por fidelidad a Dios y a la *ley (IMac 1,52-64). Israel, en efecto, había acabado por comprender que la fe implicaba la *obediencia a las exigencias de la alianza. En esta línea estaba amenazada por el peligro al que sucumbirán no pocos *fariseos: el formalismo que se interesaba más por las exigencias rituales que por los llamamientos religiosos y morales de la *Escritura (Mt 23,13-30), *soberbia que se fiaba más del hombre y de sus *obras para su justificación, que de Dios sólo (Lc 18,9-14).

La confianza de Israel en Dios no era, pues, pura, en parte porque seguía subsistiendo un velo entre su fe y el designio de Dios anunciado por la Escritura (2Cor 3,14). Por lo de-más, la verdadera fe sólo se había prometido al Israel futuro. Por su parte los paganos podían compartir difícilmente una fe que por lo pronto desembocaba en una *esperanza nacional o en exigencias rituales demasiado pesadas. Además, ¿qué hubieran ganado con ello (Mt 23, 23)? Finalmente, adherirse a la fe de los pobres no podía hacer a los paganos participar en una salvación que no era todavía más que una esperanza. Así pues, Israel, y las naciones, no tenían otra salida sino esperar a aquel que llevaría la fe a su perfección (Heb 12,2; cf. 11, 39s) y recibiría el Espíritu "objeto de la promesa" (Act 2,33).

NT. 1. LA FE EN EL PENSAMIENTO Y EN LA VIDA DE JESÚS. 1. Las preparaciones. La fe de los *pobres (cf. Le 1,46-55) es la que acoge el primer anuncio de la salvación. Imperfecta en Zacarías (1,18ss; cf. Gén 15,8), ejemplar en María (Lc 1,35ss.45; cf. Gén 18,4), compartida poco a poco por otros (Lc 1-2 p). no se deja ocultar la iniciativa divina por la humildad de las apariencias. Los que creen en Juan Bautista son también pobres, conscientes de su pecado, y no *fariseos soberbios (Mt 21,23-32). Esta fe los reúne sin que ellos se percaten alrededor de Jesús, venido en medio de ellos (3, 11-17 p), y los orienta hacia la fe en él (Act 19,4; cf. Jn 1,7).

2. La fe en Jesús y en su palabra. Todos podían "oir y ver" (Mt 13,13 p) la *palabra y los *milagros de Jesús, que proclamaban la venida del reino (11,3-6 p: 13,16-17 p).

Pero "escuchar la palabra" (11,15 p; 13,19-23 p) y "hacerla" (7,24-27 p ; cf. Dt 5, 27), *ver verdaderamente, en una palabra: creer (Mc 1,15; Lc 8,12; cf. Dt 9,23), fue cosa propia de los *discípulos (Lc 8,20 p). Por otra parte, palabra y milagros planteaban la cuestión: "¿Quién es éste?" (Mc 5, 41; 6,1-6.14ss p). Esta cuestión fue una *prueba para *Juan Bautista (Mt 11,2s) y un *escándalo para los fariseos (12,22-28 p; 21,23 p). La fe requerida para los milagros (Lc 7, 50; 8,48) sólo respondía a esta cuestión parcialmente reconociendo la omnipotencia de Jesús (Mt 8,2; Mc 9,22s). Pedro dio la verdadera respuesta : "Tú eres el Cristo" (Mt 16,13-16 p). Esta fe en Jesús une ya desde ahora a los discípulos con él y entre sí haciéndoles compartir el secreto de su persona (16,18-20 p).

En torno a Jesús que es *pobre (11,20) y se dirigió a los pobres (5, 2-10 p; 11,5 p) se constituyó así una comunidad de pobres, de "pequeños" (10,42), cuyo vínculo, más precioso que nada, es la fe en él y en su pa-labra (18,6-10 p). Esta fe viene de Dios (11,25 p; 16,17) y será compartida un día por las *naciones (8, 5-13 p; 12,38-42 p). Las profecías se cumplen.

3. La perfección de la fe. Cuando Jesús, el siervo, emprende el camino de Jerusalén para *obedecer hasta la *muerte (Flp 2,7s), "endurece su rostro" (Lc 9,51 ; cf. Is 50,7). En presencia de la muerte "lleva a su *perfección" la fe (Heb 12,2) de los pobres (Le 23,46 = Sal 31,6; Mt 27,46 p = Sal 22), mostrando una confianza absoluta en "el que podía", por la resurrección, "salvarle de la muerte" (Heb 5,7).

Los discípulos, a pesar de su conocimiento de los *misterios del reino (Mt 13,11 p), se lanzaron con dificultad por el camino, por el que debían *seguir en la fe al *Hijo del hombre (16,21-23 p). La confianza que excluye todo *cuidado y todo *temor (Lc 12,22-32 p) no les era habitual (Mc 4,35-41; Mt 16,5-12 p). Consiguientemente, la *prueba de la pasión (Mt 26,41) será para ellos un *escándalo (26,33). Lo que entonces ven exige mucho a la fe (cf. Mc 15, 31s). La misma fe de Pedro, aunque no desapareció, pues Jesús había orado por ella (Lc 22,32), no tuvo el valor de afirmarse (22,54-62 p). La fe de los discípulos tenía todavía que dar un paso decisivo para

llegar a ser la fe de la Iglesia.

II. LA FE DE LA IGLESIA. 1. La fe pascual. Este paso lo dieron los discípulos cuando, después de no pocas vacilaciones (Mt 28,17; Mc 16,11-14; Le 24,11), creyeron en la *resurrección de Jesús. *Testigos de todo lo que había dicho y hecho Jesús (Act 10,39), lo proclaman "Señor y Cristo", en quien se cumplen invisiblemente las promesas (2,33-36). Su fe es ahora capaz de ir "hasta la sangre" (cf. Heb 12,4). Hacen llamamiento a sus oyentes para que la compartan a fin de participar de la promesa obteniendo la remisión de sus pecados (Act 2,38s; 10,43). Ha nacido la fe de la Iglesia.

2. La fe en la palabra. Creer es, en primer lugar, acoger esta *predicación de los testigos, el *Evangelio (Act 15,7; ICor 15,2), la *palabra (Act 2,41; Rom 10,17; IPe 2,8), *confesando a Jesús como *señor (ICor 12,3; Rom 10,9; cf. IJn 2,22). Este mensaje inicial, transmitido como una *tradición (ICor 15,1-3), podrá enriquecerse y precisarse en una *enseñanza (ITim 4,6; 2Tim 4,1-5): esta palabra humana será siempre para la fe la palabra misma de Dios (ITes 2,13). Recibirla es para el pagano abandonar los *ídolos y volverse hacia el *Dios vivo y verdadero (1Tes 1,8ss), y para todos es reconocer que el *Señor Jesús realiza el designio de Dios (Act 5,14; 13,27-37; cf. IJn 2,24). Es *confesar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo recibiendo el *bautismo (Mt 28,19).

Esta fe, como lo verá Pablo, abre a la inteligencia "los tesoros de la *sabiduría y de *conocimiento" que hay en Cristo (Col 2,3): la sabiduría misma de Dios revelada por el Espíritu (ICor 2), tan diferente de la sabiduría humana (ICor 1,17-31; cf. Sant 2,1-5; 3,13-18; cf. Is 29,14) y el conocimiento de Cristo y de su amor (Flp 3,8; Ef 3,19; cf. IJn 3,16).

3. La fe y la vida del bautizado. El que ha creído en la palabra, introducido en la Iglesia por el bautismo, participa en la enseñanza, en el espíritu, en la "liturgia" de la Iglesia (Act 2,41-46). En efecto, en ella realiza Dios su *designio obrando la salvación

de los que creen (2,47; ICor 1,18): la fe se desarrolla en la 'obediencia a este designio (Act 6,7; 2Tes 1,8). Se despliega en la actividad (1Tes 1,3; Sant 1,21s) de una vida moral fiel a la *ley de Cristo (Gál 6,2; Rom 8,2; Sant 1,25; 2, 12); actúa por medio del *amor fraterno (Gál 5,6; Sant 2,14-26). Se mantiene en una *fidelidad capaz de afrontar la muerte a ejemplo de Jesús (Heb 12; Act 7,55-60), en una *confianza absoluta en aquel "en quien ha creído" (2Tim 1,12; 4,17s). Fe en la palabra, obediencia en la confianza : tal es la fe de la Iglesia, que separa a los que se pierden de los que se salvan (2Tes 1,3-10; IPe 2,7s; Mc 16,16).

III. SAN PABLO Y LA SALVACIÓN POR LA FE. Para la Iglesia naciente como para Jesús, la fe era un don de Dios (Act 11,21ss; 16,14; cf. ICor 12,3). Cuando se convertían paganos, era, pues, Dios mismo quien "purificaba su corazón por la fe" (Act 11,18; 14,27; 15,7ss). "Por haber creído" recibían el mismo Espíritu que los judíos creyentes (11,17). Fueron por tanto acogidos en la Iglesia.

1. La fe y la ley judía. Pero no tardó en surgir un problema : ¿había que someterlos a la circuncisión y a la *ley judía (Act 15,5; Gál 2,4)? Pablo, de acuerdo con los responsables (Act 15; Gál 2,3-6), estima absurdo forzar a los paganos a "judaizar", pues la fe en Jesucristo es la que ha salvado a los judíos mismos (Gál 2,15s). Así pues, cuando se quiso imponer la circuncisión a los cristianos de Galacia (5,2; 6,12), comprendió Pablo fácilmente que aquello era anunciar otro *Evangelio (1,6-9). Esta nueva crisis fue para él ocasión de una reflexión en profundidad acerca del carácter de la *ley y de la fe en la historia de la salvación.

Desde Adán (Rom 5,12-21) todos los hombres, paganos o judíos, son culpables delante de Dios (1,18-3, 20). La ley misma, hecha para la vida, no ha engendrado sino el *pecado y la *muerte (7,7-10; Gál 3, 10-14.19-22). La venida (Gál 4,4s) y la muerte de Cristo ponen fin a esta situación manifestando la *justicia de Dios (Rom 3,21-26; Gál 2,19ss) que se obtiene por la fe (Gál 2,16; Rom 3,22; 5,2). Ha terminado, pues, la' función de la ley (Gál 3,23-4,11). Se vuelve al régimen de la *promesa - realizada ahora en Jesús (Gál 3, 15-18) -: como Abraham, los cristianos son justificados por la fe, sin la ley (Rom 4; Gál 3,6-9; cf. Gén 15, 6; 17,11). Además,

según los profetas, el justo debía vivir por la fe (Hab 2,4 = Gál 3,11; Rom 1,17), y el *resto de Israel (Rom 11,1-6) debía salvarse por la sola fe en la *piedra asentada por Dios (Is 28, 16 = Rom 9,33; 10,11), lo cual le permitía abrirse a las *naciones (Rom 10,14-21; I Pe 2,4-10).

2. La fe y la ,gracia. "El hombre es justificado por la fe sin las *obras de la ley" (Rom 3,28; Gál 2,16). Esta afirmación de Pablo descarta la ley judía; pero, todavía más profundamente, significa que la salvación no es nunca algo debido, sino una *gracia de Dios acogida por la fe (Rom 4,4-8). Ciertamente Pablo no ignora que la fe debe "obrar" (Gál 5,6; cf. Sant 2,14-26) en la docilidad al Espíritu recibido en el bautismo (Gál 5,13-26; Rom 6; 8,1-13). Pero subraya enérgicamente que el creyente no puede ni "gloriarse" de "su propia justicia" ni apoyarse en sus obras, como lo hacía Saulo el fariseo (Flp 3,4.9; 2Cor 11,16-12,4). Aun cuando "su conciencia no le reproche nada" delante de Dios (ICor 4,4), cuenta sólo con Dios, que "obra en él el querer y el hacer" (Flp 2, 13). Realiza, pues, su salvación "con temor y temblor" (Flp 2,12), pero también con una gozosa esperanza (Rom 5,1-11; 8;14-39): su fe le asegura "el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús" (Rom 8,38s; Ef 3, 19). Gracias a Pablo la fe pascual, vivida por la comunidad primitiva, adquirió clara conciencia de sí misma. Se deshizo de las impurezas y de los límites que afectaban a la fe de Israel. Es plenamente la fe de la Iglesia.

IV. LA FE EN EL VERBO HECHO CARNE. Al final del NT la fe de la Iglesia medita con san Juan sobre sus orígenes. Como para mejor afrontar el porvenir, vuelve a aquel que le ha dado su perfección. La fe de que habla Juan es la misma de los sinópticos. Agrupa a la comunidad de los discípulos en torno a Jesús (Jn 10, 26s; cf. 17,8). Orientada por Juan Bautista (1,34s; 5,33s), descubre la gloria de Jesús en Caná (2,11). "Recibe sus palabras" (12,46s) y "escucha su voz" (10,26s; cf. Dt 4,30). Se afirma por la boca de Pedro en Cafarnaum (6,70s). La pasión es para ella una prueba (14,1.28s ; cf. 3,14s) y la resurrección su objeto decisivo (20,8.25-29).

Pero el cuarto evangelio es, mucho más que los sinópticos, el evangelio de la fe. Por

lo pronto en él está la fe explícitamente centrada en Jesús y en su *gloria divina. Hay que creer en Jesús (4,39; 6,35) y en su *nombre (1,12; 2,23). Creer en Dios y en Jesús es una misma cosa (12,44; 14,1; cf. 8,24 = Éx 3,14). Porque Jesús y el Padre son uno (10,30; 17,21); esta misma *unidad es objeto de fe (14,10s). La fe debería llegar a la realidad invisible de la gloria de Jesús sin tener necesidad de *ver los signos (*milagros) que la manifiestan (2,11s; 4,48; 20, 29). Pero si en realidad tiene necesidad de ver (2,23; 11,45) y de tocar (20,27), esto no quita que esté llamada a expresarse en el *conocimiento (6,69; 8,28) y en la contemplación (1,14; 11,40) de lo invisible.

Juan insiste además en el carácter actual de las consecuencias invisibles de la fe. Para el que crea no habrá *juicio (5,24). Ya ha resucitado (11, 25s; cf. 6,40), camina en la luz (12, 46) y posee la vida eterna (3,16; 6,47). En cambio, "el que no cree, ya está condenado" (3,18). La fe reviste así la grandeza trágica de una opción apremiante entre la muerte y la vida, entre la *luz y las tinieblas; y de una opción tanto más difícil cuanto que depende de las cualidades morales de aquel al que se propone (3,19-21).

Esta insistencia de Juan en la fe, en su objeto propio, en su importancia, se explica por el fin mismo de su evangelio: inducir a sus lectores a compartir su fe creyendo "que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios (20,30) a venir a ser hijos de Dios por la fe en el Verbo hecho carne (1,9-14). La opción de la fe es posible a través del testimonio actual de Juan (1Jn 1,2s). Esta fe es la fe tradicional de la Iglesia : confiesa a Jesús como *Hijo en la fidelidad a la enseñanza recibida (1Jn 2,23-27; 5,1) y debe dilatarse en una vida limpia de pecado (3,9s) animada por el amor fraternal (4, 10ss; 5,1-5). Como Pablo (Rom 8, 31-39); Ef 3,19) estima Juan que la fe induce a reconocer el amor de Dios a los hombres (1Jn 4,16).

Frente a los combates que vienen, el Apocalipsis exhorta a los creyentes a "la *paciencia y a la fidelidad de los santos" (Ap 13,10) hasta la muerte. Como fuente de esta fidelidad está siempre la fe pascual en el que puede decir: "Estaba muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos" (1,18), el Verbo de Dios que establece

irresistiblemente su *reinado (19,11-16; cf. Act 4,24-30).

El *día en que, acabándose la fe, "veamos a Dios como es" (1Jn 3,2), todavía se proclamará la fe de pascua: "Tal es la victoria que ha triunfado del mundo; nuestra fe" (5,4).

LEON-DUFOUR, Xavier, Vocabulario de Teología Bíblica, Herder, Barcelona, 2001

[Volver Comentario Teológico](#)

Inicio

Santos Padres

- **San Agustín**

El perdón de las ofensas

(Lc 17,3-4)

1. El santo Evangelio, tal como lo escuchamos cuando se leyó, nos hace una advertencia respecto al perdón de los pecados. Nuestra exhortación tendrá, por tanto, el mismo objeto. Somos servidores de la palabra, no de la nuestra, sino de la de Dios y Señor nuestro, a la cual nadie sirve sin que ello le reporte gloria y nadie desprecia sin que le acompañe el castigo. El mismo Jesucristo, nuestro Señor, que nos hizo cuando permanecía junto al Padre y que nos rehízo aceptando ser hecho él también en beneficio nuestro; el mismo Dios nuestro Señor nos dice, según acabamos de oír: Si tu hermano pecare contra ti, corrígele; y si hiciera penitencia, perdónale. Y aunque pecare siete veces al día contra ti y acercándose te dijera «Me arrepiento», perdónale. Al decir «siete veces al día» quiso que se entendiese «cuantas veces»; no sea que

peque ocho veces y no quieras perdonarle. ¿Qué significa, pues, siete veces? Siempre, cuantas veces pecare y se arrepintiere. Del mismo modo, la frase Te alabaré siete veces al día equivale a ésta de otro salmo: Su alabanza está siempre en mi boca. La razón por la que se expresa «siete veces» en lugar de «siempre» es clarísima: la totalidad del tiempo se completa con el ir y venir de siete días.

2. Quienquiera que seas tú que tienes tu mente puesta en Cristo y deseas alcanzar lo que prometió, no sientas pereza en cumplir lo que ordenó. ¿Qué prometió? La vida eterna. ¿Y qué ordenó? «Concede el perdón a tu hermano». Como si te dijera: «Tú, hombre, concede el perdón a otro hombre, para que también yo, Dios, vaya hacia Ti». Pero omitamos o, mejor, pasemos por alto aquellas otras promesas divinas más sublimes, según las cuales nuestro Creador nos ha de hacer iguales a sus ángeles para que vivamos eternamente en él, con él y de él; dejemos de lado por el momento todo esto; ¿no quieres recibir de tu Dios eso mismo que se te ordena otorgar a tu hermano? ¿No quieres recibir, digo, del Señor, tu Dios, eso mismo que se te ordena que des a tu hermano? Dime que no quieres, y no se lo des. ¿Qué significa esto sino que perdones a quien te lo pide, si tú mismo pides que se te perdone? O también, me atrevo a decir, si no tienes nada que te deba ser perdonado, no perdones. Aunque reconozco que no debí haber dicho esto. Aunque nada tengas de que ser perdonado, debes perdonar, porque también perdona Dios, que nada tiene que haya de serle perdonado.

3. Dirás: «Pero yo no soy Dios, soy un hombre pecador». ¡Gracias al Señor, que confiesas tener pecados! Perdona, pues, para que se te perdone. Nuestro mismo Dios nos exhorta a que le imitemos. En primer lugar, el mismo Cristo, de quien dijo el apóstol Pedro: Cristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. El que ciertamente no tenía pecado alguno, murió por los nuestros y derramó su sangre para el perdón de los mismos. Recibió por nosotros lo que no le era debido, para librarnos de la deuda. Ni él debía morir, ni nosotros vivir. ¿Por qué? Porque éramos pecadores. Ni a él le correspondía la muerte, ni a nosotros la vida. Tomó para sí lo que no le correspondía; lo que no se nos debía nos lo dio. Más, puesto que se habla del perdón de los pecados, para que no juzguéis que es mucho para vosotros imitar a Cristo, escuchad lo que dice el Apóstol: Perdonándoos mutuamente, como también Dios os perdonó en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios. Son palabras del Apóstol, no mías. ¿Es acaso de soberbios imitar a Dios?

Imitadores de Dios. Ciertamente, es algo soberbio. Como hijos amadísimos. Tú te llamas hijo; si rechazas la imitación, ¿cómo aspiras a obtener la herencia?

4. Esto es lo que te diría, si no tuvieras ningún pecado para el cual desearas el perdón. Más he aquí que, seas quien seas, eres hombre; aunque seas justo, eres hombre; aunque seas seglar, o monje, o clérigo, u obispo, o apóstol, hombre eres. Escucha la voz de un apóstol: Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos. ¿Quién dijo esto? Aquel, aquel, aquel Juan, el evangelista, a quien el Señor amaba más que a los otros, el que reposaba en su pecho; aquél se expresa así: Si dijéramos. No escribió: «Si dijerais que no tenéis pecado», sino: Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no existe en nosotros la verdad. Se asoció en la culpa, para hallarse asociado también en el perdón. Si dijéramos. Considerad de quién son estas palabras. Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no existe en nosotros verdad. Si, por el contrario, confesamos nuestros pecados, él es justo y fiel para perdonarnos y purificarnos de toda iniquidad. ¿Cómo «purificarnos»? Mediante el perdón; no se trata de que no halle qué perdonar, sino que, hallándolo, lo perdona. Por tanto, hermanos, si tenemos pecados, perdonemos a quienes nos lo piden, perdonemos a quienes se arrepienten. Que las enemistades no permanezcan en nuestro corazón. Cuanto más las retengamos, más viciarán nuestro mismo corazón.

5. Quiero, pues, que perdones tú, porque mi perdón lo exige. Te suplican perdón, concédelo. Te lo suplican y lo suplicarás. Te lo suplican, perdona; también tú suplicas que se te perdone. Mira que llegará el momento del Padrenuestro. Te cogeré en las palabras que irás a decir. Son éstas: Padre nuestro, que estás en los cielos. No te contarás en el número de los hijos si no dices Padre nuestro. Por tanto has de decirlo. Sigue: Santificado sea tu nombre. Di todavía: Venga tu reino. Continúa aún: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Pon atención a lo que añades: Danos hoy nuestro pan de cada día. ¿Dónde están tus riquezas? Advierte que estás mendigando. Con todo, y a esto quería llegar, di todavía lo que sigue después de Danos hoy nuestro pan de cada día Perdónanos nuestras deudas. Llegaste a las palabras en que pensaba: Perdónanos, dice, nuestras deudas. Haz, por tanto, lo que sigue. Perdónanos nuestras deudas. ¿Con qué derecho? ¿Por qué pacto? ¿En virtud de qué acuerdo? ¿Qué autógrafo presentas? Así como nosotros perdonamos a

nuestros deudores. Por si fuera poco el hecho de no perdonar, todavía mientes a Dios. Se ha establecido la condición; se trata de una determinación fija. «Perdóname, como yo perdono». En consecuencia, no te perdona si tú no perdonas. Perdóname, como yo perdono. Quieres que se te conceda el perdón cuando lo pides, concédelo cuando se te pide. Estas súplicas las ha dictado el jurisperito celeste. No te engaña. Pide en conformidad con el derecho celeste; di: Perdónanos, así como nosotros perdonamos. Y haz lo que dices. Quien miente en las súplicas, carecerá del beneficio. Quien miente en las súplicas, además de perder la propia causa, hallará un castigo. Y si alguien miente al emperador, cuando se haga presente será declarado culpable por mentir. Cuando tú mientes en la oración, con tu misma oración te declaras culpable. Dios no necesita testigos a tu lado para convencerte de ello. Quien te redactó las súplicas, ése es tu abogado; si mientes, él es tu testigo; si no te corriges, él será tu juez. Por tanto, dilo y hazlo; porque si no lo dices, no consigues nada pidiendo en forma contraria a como marca la ley; si lo dices y no lo haces, serás además reo de haber dicho una mentira. No hay forma de salvar esta petición sino cumpliendo lo que se dice. ¿Acaso podemos eliminar este versillo de nuestra oración? ¿O queréis que permanezca lo primero: Perdónanos nuestras deudas, y que se borre la segunda parte: Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores? No lo borrarás, no sea que seas borrado tú antes. En la oración dices, pues: «Da»; dices: «Perdona», para recibir lo que no tienes, para que se te perdone aquello en que pecaste. ¿Quieres recibir? Da. ¿Quieres que se te perdone? Perdona. El dilema es sencillo. Escucha lo que dice el mismo Cristo en otro lugar: Perdonad y se os perdonará; dad y se os dará. Perdonad y se os perdonará. ¿Qué habéis de perdonar? Las ofensas que otros os hicieron. ¿Qué se os perdonará? Vuestros pecados. Y vosotros dad y se os dará. Los que deseáis la vida eterna, servid de apoyo para los pobres en la vida temporal; dadles sustento en esta vida y, en recompensa, de semilla tan pequeña y terrena recibiréis como cosecha la vida eterna. Amén.

SAN AGUSTÍN, Sermones (2^o) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 114, 1-5, BAC Madrid 1983, 854-59

Volver Santos Padres

Inicio

Aplicación

- P. Alfredo Sáenz, S.J.
- S.S. Francisco p.p.
- P. Jorge Loring, S.J.

P. Alfredo Sáenz, S.J.

La fuerza de la fe

Las lecturas de este domingo nos colocan frente al tema de la fe, de su eficacia suprema. Jesucristo enseña a sus Apóstoles, y a través de ellos a los cristianos de todos los tiempos, que por la fe Dios comunicó al hombre un extraordinario vigor sobrenatural que es, de algún modo, participación en su omnipotencia. Escuchemos el elogio de esta virtud, que está en el principio de nuestro camino hacia Dios, según lo enuncia San Buenaventura cuando dice: "Es imposible penetrar en el conocimiento de las Escrituras si no se tiene previamente infundida en sí la fe en Cristo...; mientras vivimos en el destierro, lejos del Señor, la fe es el fundamento estable, la luz directora y la puerta de entrada de toda iluminación sobrenatural".

La fe es, ante todo, una gracia. Lo reconocen los Apóstoles que piden a Jesucristo: "Auméntanos la fe", y lo reitera San Pablo al hablar del "don de Dios... recibido". Nunca podríamos mantenernos firmes y estables en lo que el Señor espera de nosotros si Él mismo no nos acompañara con la fuerza de su amor. Creer en Dios es gracia, aceptar su ley y vivir conforme a ella es gracia, ser perseverantes un día y otro día en el camino del bien es gracia, mantener la constancia en las tribulaciones es gracia. Un gran escritor católico, George Bemanos, al describir la muerte del protagonista del Diario de un cura rural, le hace exclamar en su agonía: "Qué más da,

todo es ya gracia".

Pero la gracia se injerta en el alma y requiere de nuestra colaboración. Nada puede hacer Dios si el hombre no secunda su acción. Ante todo debemos remover los obstáculos para recibir el don divino. El salmo 94 nos invita hoy a no endurecer el corazón. Dios es omnipotente, y todo lo que quiere lo hace suyo con un movimiento de su voluntad. Sin embargo, la misma voluntad potentísima de Dios se detiene ante un límite que Él mismo quiere respetar: la libertad humana. El dueño del cielo y de la tierra no quiere violentar al hombre; su llamado es una invitación, una sugerencia que cada uno resuelve o no seguir, decidiéndolo en el santuario interior de la conciencia. Dios desea fervientemente ser escuchado —"ojalá hoy escuchéis la voz del Señor"—, pero acepta imperturbable la negativa o el silencio.

Sin embargo cuando el hombre abre las avenidas de su interior a la gracia no habrá proeza que no sea capaz de realizar.

Las palabras de la Sagrada Escritura que hoy leemos abundan en referencias a lo arduo y difícil. Habacuc nos pinta el cuadro desolador consiguiente el asedio y toma de Jerusalén por parte de Nabucodonosor, uno de los momentos más trágicos de la historia de Israel. Y ante la desgracia nacional, surge el lamento del que no entiende esta calamidad y, menos todavía, la inacción de Dios: "¿Por qué me haces ver la iniquidad y te quedas mirando la opresión?". La respuesta no se hace esperar: "El justo vivirá por su fidelidad". El hombre, por su fe, aunque esté a ciegas, debe entrar en el plan de Dios, plan misterioso y oculto pero inexorable. Plan que pocas veces coincide con nuestras expectativas y que a menudo parece inalcanzable pero que encierra el mayor bien, aunque no lo veamos ahora, y es perfectamente posible para los designios eternos de la providencia.

Veamos, si no, lo que ha ocurrido en los primeros tiempos de la historia del cristianismo, cuando un puñado de hombres indoctos y llenos de miserias humanas, como fueron los apóstoles, lograron aquella extraordinaria difusión de la Iglesia, que

hizo exclamar a Tertuliano, dos siglos después, "somos de ayer y lo llenamos todo". La conversión de los pueblos bárbaros, la subsistencia de la cultura antigua en los monasterios, la cristiandad medieval, los grandes emprendimientos misioneros en América y en el extremo Oriente, el heroísmo de los mártires y la sabiduría de los doctores de la Iglesia, no pueden tener otra explicación creíble que la providencia divina y su gobierno del universo. Y esto es misterio de fe. También lo es hacer de ella algo vivo y operante. Convertirnos en un testimonio patente de este Cristo que llevamos dentro, en medio de un mundo apóstata, no es fácil. Exige decisión y abandono total en Dios. Es lo que quiere decimos el evangelio con la parábola del grano de mostaza. En la desproporción que existe entre la pequeña semilla y el poder ardiente que lleva en su interior, capaz de transformar con una pizca el alimento más desabrido, Jesucristo quiere mostrarnos que las obras de Dios no hay que apreciarlas con la estrecha mira de nuestra mente y de nuestras limitadas posibilidades, sino con la fuerza incontenible del poder de Dios. "Arráncate de raíz y plántate en el mar", podréis ordenar a los árboles, les dijo el Señor a los apóstoles en el evangelio de hoy.

Otro aspecto que puede ser óbice para que el apóstol despliegue su fe es el desprecio que el mundo le manifiesta. Así ha sido en todos los tiempos, pero más en nuestra época, que hace gala de poder vivir como si Dios no existiera. Proclamar el misterio conlleva muchas veces la irrisión de los que nos rodean, y por eso es preciso estar firmemente afirmados en la fe. "No te avergüences", dice San Pablo a Timoteo en la segunda lectura de hoy, señalando este otro aspecto que exige la fidelidad a Dios. Si somos suyos, hemos de hacernos portadores y difusores del tesoro que llevamos dentro. Sin embargo, cuántas veces nos embarga la timidez, la vergüenza de publicar las riquezas del Evangelio, de hablar de Dios.

La fe, además de aceptar los designios ocultos de Dios y de luchar valerosamente contra los adversarios y las adversidades, supone también creer en las verdades que nos son reveladas. Es la adhesión a estas verdades, "credere Deum" decía San Agustín, y el firme convencimiento que el misterio de Dios está presente allí, lo que nos dará la fortaleza a que antes aludíamos. Conserva el depósito, "lo que se te ha confiado", exhorta San Pablo a Timoteo. Escuchemos a San Vicente de Lerins que

nos enseña qué es un depósito: "Es lo que te ha sido confiado, no encontrado por ti; tú lo has recibido, no lo has excogitado con tus propias fuerzas. No es el fruto de ingenio personal, sino de la doctrina; no está reservado para un uso privado, sino que pertenece a una tradición pública. No salió de ti, sino que a ti vino: a su respecto, tú no puedes comportarte como si fueras su autor, sino como su simple custodio. No eres tú quien lo ha iniciado, sino que eres su discípulo; no te corresponderá dirigirlo, sino que tu deber es seguirlo. Guarda el depósito, dice San Pablo, es decir, conserva inviolado y sin mancha el talento de la fe católica. Lo que te ha sido confiado es lo que debes custodiar junto a ti y transmitir. Has recibido oro; devuelve, pues, oro. No puedo admitir que sustituyas una cosa por otra".

¿Significa esto, acaso, que no puede haber ningún adelanto en la presentación de la doctrina? ¿El apóstol debe limitarse a repetir siempre las mismas palabras de Cristo? Claro que no. Puede y debe haber novedades, cuanto menos contestando a los desafíos que se oponen a la fe a lo largo de los siglos. A nuevos cuestionamientos, nuevas respuestas. La doctrina puede ir evolucionando, siempre que lo haga de modo homogéneo, como nos dice otra vez San Vicente de Lerins: "Quizá alguien diga: ¿ningún progreso de la religión es entonces posible en la Iglesia de Cristo? Ciertamente que debe haber progreso, ¡y grandísimo! ¿Quién podría ser tan hostil a los hombres y tan contrario a Dios que intentara impedirlo? Pero a condición de que se trate verdaderamente de progreso por la fe, no de modificación. Es característica del progreso el que una cosa crezca, permaneciendo siempre idéntica a sí misma; es propio, en cambio, de la modificación que una cosa se transforme en otra. Así pues, crezcan y progresen de todas las maneras posibles la inteligencia, el conocimiento, la sabiduría, tanto de la comunidad como del individuo, de toda la Iglesia, según las edades y los siglos; con tal de que eso suceda exactamente según su naturaleza peculiar, en el mismo dogma, en el mismo sentido, según una misma interpretación".

El padre Leonardo Castellani al comentar las parábolas de los patronos, dice que lo que el Señor les pide a ellos es la prudencia, y en las de los siervos lo que les exige es la fidelidad. Fidelidad a Jesucristo, que murió por nosotros, y cuya redención,

iluminados por la fe, debemos contribuir a aplicar. Fidelidad a su doctrina, que no es nuestra sino suya. Somos solamente heraldos del Evangelio y debemos transmitirlo fielmente. Si lo cambiamos, traicionamos la confianza que puso en nosotros el Señor al participarnos los misterios de la vida divina. Fidelidad siempre y en todo.

La perseverancia en la fe no debe llevarnos a la vanagloria. Para quitar esta tentación nos compara Jesucristo a los "simples servidores" que no hacen más que cumplir con su deber si llenan satisfactoriamente sus obligaciones. Si realizamos acciones esforzadas por amor a Dios, si aportamos nuestro esfuerzo para colaborar en la difusión del Evangelio no creamos que hacemos algo extraordinario; no estamos más que cumpliendo fielmente nuestro compromiso bautismal.

Al continuar el Santo Sacrificio de la Misa pongamos nuestra mirada confiada en María Santísima, quien junto a la Cruz de su Hijo y perseverando hasta el fin, se ganó el título de Virgo fidelis, virgen fiel. Que ella nos asista para no traicionar la fe recibida y mantenernos firmes hasta que la fe ya no sea necesaria porque veremos a Dios tal cual es.

(SAENZ, A., Palabra y Vida, Ciclo C, Ediciones Gladius, Buenos Aires, 1994, p. 275-279)

[Volver Aplicación](#)

S.S. Francisco p.p.

Hoy, el pasaje del Evangelio comienza así: «Los apóstoles le dijeron al Señor: «Auméntanos la fe»» (Lc 17, 5). Me parece que todos nosotros podemos hacer nuestra esta invocación. También nosotros, como los Apóstoles, digamos al Señor Jesús: «Auméntanos la fe». Sí, Señor, nuestra fe es pequeña, nuestra fe es débil, frágil, pero

te la ofrecemos así como es, para que Tú la hagas crecer.

Y, ¿qué nos responde el Señor? Responde: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: “Arráncate de raíz y plántate en el mar”, y os obedecería» (v. 6). La semilla de la mostaza es pequeñísima, pero Jesús dice que basta tener una fe así, pequeña, pero auténtica, sincera, para hacer cosas humanamente imposibles, impensables. ¡Y es verdad! Todos conocemos a personas sencillas, humildes, pero con una fe muy firme, que de verdad mueven montañas. Pensemos, por ejemplo, en algunas mamás y papás que afrontan situaciones muy difíciles; o en algunos enfermos, incluso gravísimos, que transmiten serenidad a quien va a visitarles. Estas personas, precisamente por su fe, no presumen de lo que hacen, es más, como pide Jesús en el Evangelio, dicen: «Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer» (Lc 17, 10). Cuánta gente entre nosotros tiene esta fe fuerte, humilde, que hace tanto bien.

En este mes de octubre, dedicado en especial a las misiones, pensemos en los numerosos misioneros, hombres y mujeres, que para llevar el Evangelio han superado todo tipo de obstáculos, han entregado verdaderamente la vida; como dice san Pablo a Timoteo: «No te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mí, su prisionero; antes bien, toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios» (2 Tm 1, 8). Esto, sin embargo, nos atañe a todos: cada uno de nosotros, en la propia vida de cada día, puede dar testimonio de Cristo, con la fuerza de Dios, la fuerza de la fe. Con la pequeñísima fe que tenemos, pero que es fuerte. Con esta fuerza dar testimonio de Jesucristo, ser cristianos con la vida, con nuestro testimonio.

¿Cómo conseguimos esta fuerza? La tomamos de Dios en la oración. La oración es el respiro de la fe: en una relación de confianza, en una relación de amor, no puede faltar el diálogo, y la oración es el diálogo del alma con Dios. Octubre es también el mes del Rosario, y en este primer domingo es tradición recitar la Súplica a la Virgen de Pompeya, la Bienaventurada Virgen María del Santo Rosario. Nos unimos espiritualmente a este acto de confianza en nuestra Madre, y recibamos de sus manos el Rosario: el Rosario es una escuela de oración, el Rosario es una escuela de fe.

(Ángelus, Plaza San Pedro, domingo 6 de octubre de 2013)

[Volver Aplicación](#)

P. Jorge Loring, S.J.

1.- Del Evangelio que acabo de leer voy a comentar la frase de los apóstoles: «Auméntanos la fe».

2.- La fe tiene dos elementos: uno natural y otro sobrenatural.

3.- El natural es la razón. Como dice la Biblia, para creer en Dios basta tener sentido común. Dice la Biblia «el que viendo la naturaleza ignora a Dios es un necio».

4. Efectivamente, viendo las maravillas de la naturaleza tenemos que admirar el talento del autor de la naturaleza. Nadie con sentido común puede pensar que las leyes de la naturaleza sean obra de la casualidad: leyes matemáticas en el movimiento de las estrellas, leyes fisico-químicas en la función clorofílica de las plantas, y leyes biológicas en la evolución de la vida.

5.- Donde hay leyes, organización y técnica, hay detrás una inteligencia. Un libro no sale tirando al suelo un millón de letras contenidas en un cubo. Un reloj y un teléfono encontrados en una isla desierta es porque alguien los dejó allí, no salieron por generación espontánea.

6.- Para conocer al autor de una obra de arte no necesito verle a él, me basta ver su obra. Contemplando la PIEDAD de Miguel Ángel veo el talento del artista que de un bloque de piedra ha sacado esa belleza de mujer. No necesito ver a Miguel Ángel, me basta ver su obra para admirar su talento.

7.- Viendo las maravillas de la naturaleza caigo en la cuenta del talento y el poder del autor de la naturaleza.

8.- El otro elemento de la fe es sobrenatural. Es la fuerza para vivirla. La fe tiene sus compromisos y para vivirlos hace falta fuerza. No basta una información intelectual. Los fumadores saben que el tabaco mata y siguen fumando. Hace falta fuerza para ser consecuente con la fe.

[Volver Aplicación](#)

[Inicio](#)

Directorio Homilético

Vigésimo séptimo domingo del Tiempo Ordinario

CEC 153-165, 2087-2089: la fe

CEC 84: el depósito de la fe confiado a la Iglesia

CEC 91-93: el sentido sobrenatural de la fe

III LAS CARACTERÍSTICAS DE LA FE

La fe es una gracia

143 Cuando San Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo, Jesús le declara que esta revelación no le ha venido "de la carne y de la sangre, sino de mi

Padre que está en los cielos" (Mt 16,17; cf. Ga 1,15; Mt 11,25). La fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por él, "Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede `a todos gusto en aceptar y creer la verdad'" (DV 5).

La fe es un acto humano

144 Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por él reveladas. Ya en las relaciones humanas no es contrario a nuestra propia dignidad creer lo que otras personas nos dicen sobre ellas mismas y sobre sus intenciones, y prestar confianza a sus promesas (como, por ejemplo, cuando un hombre y una mujer se casan), para entrar así en comunión mutua. Por ello, es todavía menos contrario a nuestra dignidad "presentar por la fe la sumisión plena de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad al Dios que revela" (Cc. Vaticano I: DS 3008) y entrar así en comunión íntima con El.

145 En la fe, la inteligencia y la voluntad humanas cooperan con la gracia divina: "Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia" (S. Tomás de A., s.th. 2-2, 2,9; cf. Cc. Vaticano I: DS 3010).

La fe y la inteligencia

146 El motivo de creer no radica en el hecho de que las verdades reveladas aparezcan como verdaderas e inteligibles a la luz de nuestra razón natural. Creemos "a causa de la autoridad de Dios mismo que revela y que no puede engañarse ni engañarnos". "Sin embargo, para que el homenaje de nuestra fe fuese conforme a la razón, Dios ha querido que los auxilios interiores del Espíritu Santo vayan acompañados de las pruebas exteriores de su revelación" (ibid., DS 3009). Los milagros de Cristo y de los santos (cf. Mc 16,20; Hch 2,4), las profecías, la propagación y la santidad de la Iglesia, su fecundidad y su estabilidad "son signos

ciertos de la revelación, adaptados a la inteligencia de todos", "motivos de credibilidad que muestran que el asentimiento de la fe no es en modo alguno un movimiento ciego del espíritu" (Cc. Vaticano I: DS 3008-10).

147La fe es cierta, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir. Ciertamente las verdades reveladas pueden parecer oscuras a la razón y a la experiencia humanas, pero "la certeza que da la luz divina es mayor que la que da la luz de la razón natural" (S. Tomás de Aquino, s.th. 2-2, 171,5, obj.3). "Diez mil dificultades no hacen una sola duda" (J.H. Newman, apol.).

148"La fe trata de comprender" (S. Anselmo, prosl. proem.): es inherente a la fe que el creyente desee conocer mejor a aquel en quien ha puesto su fe, y comprender mejor lo que le ha sido revelado; un conocimiento más penetrante suscitará a su vez una fe mayor, cada vez más encendida de amor. La gracia de la fe abre "los ojos del corazón" (Ef 1,18) para una inteligencia viva de los contenidos de la Revelación, es decir, del conjunto del designio de Dios y de los misterios de la fe, de su conexión entre sí y con Cristo, centro del Misterio revelado. Ahora bien, "para que la inteligencia de la Revelación sea más profunda, el mismo Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones" (DV 5). Así, según el adagio de S. Agustín (serm. 43,7,9), "creo para comprender y comprendo para creer mejor".

149Fe y ciencia. "A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero" (Cc. Vaticano I: DS 3017). "Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios. Más aún, quien con espíritu humilde y ánimo constante se esfuerza por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son" (GS 36,2).

La libertad de la fe

150"El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza" (DH 10; cf. CIC, can.748,2). "Ciertamente, Dios llama a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por ello, quedan vinculados por su conciencia, pero no coaccionados...Esto se hizo patente, sobre todo, en Cristo Jesús" (DH 11). En efecto, Cristo invitó a la fe y a la conversión, él no forzó jamás a nadie jamás. "Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino...crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia Él" (DH 11).

La necesidad de la fe

151 Creer en Cristo Jesús y en aquél que lo envió para salvarnos es necesario para obtener esa salvación (cf. Mc 16,16; Jn 3,36; 6,40 e.a.). "Puesto que `sin la fe... es imposible agradar a Dios' (Hb 11,6) y llegar a participar en la condición de sus hijos, nadie es justificado sin ella y nadie, a no ser que `haya perseverado en ella hasta el fin' (Mt 10,22; 24,13), obtendrá la vida eterna" (Cc. Vaticano I: DS 3012; cf. Cc. de Trento: DS 1532).

La perseverancia en la fe

152 La fe es un don gratuito que Dios hace al hombre. Este don inestimable podemos perderlo; S. Pablo advierte de ello a Timoteo: "Combate el buen combate, conservando la fe y la conciencia recta; algunos, por haberla rechazado, naufragaron en la fe" (1 Tm 1,18-19). Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla con la Palabra de Dios; debemos pedir al Señor que la aumente (cf. Mc 9,24; Lc 17,5; 22,32); debe "actuar por la caridad" (Ga 5,6; cf. St 2,14-26), ser sostenida por la esperanza (cf. Rom 15,13) y estar enraizada en la fe de la Iglesia.

La fe, comienzo de la vida eterna

153 La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios "cara a cara" (1 Cor 13,12), "tal cual es" (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

154 Ahora, sin embargo, "caminamos en la fe y no en la visión" (2 Cor 5,7), y conocemos a Dios "como en un espejo, de una manera confusa,...imperfecta" (1 Cor 13,12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación.

155 Entonces es cuando debemos volvernos hacia los testigos de la fe: Abraham, que creyó, "esperando contra toda esperanza" (Rom 4,18); la Virgen María que, en "la peregrinación de la fe" (LG 58), llegó hasta la "noche de la fe" (Juan Pablo II, R Mat 18) participando en el sufrimiento de su Hijo y en la noche de su sepulcro; y tantos otros testigos de la fe: "También nosotros, teniendo en torno nuestro tan gran nube de testigos, sacudamos todo lastre y el pecado que nos asedia, y corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma la fe" (Hb 12,1-2).

La fe

2087 Nuestra vida moral tiene su fuente en la fe en Dios que nos revela su amor. S. Pablo habla de la "obediencia de la fe" (Rm 1,5; 16,26) como de la primera obligación. Hace ver en el "desconocimiento de Dios" el principio y la explicación de todas las desviaciones morales (cf Rm 1,18-32). Nuestro deber para con Dios es creer en él y

dar testimonio de él.

2088 El primer mandamiento nos pide que alimentemos y guardemos con prudencia y vigilancia nuestra fe y que rechacemos todo lo que se opone a ella. Hay diversas maneras de pecar contra la fe:

La duda voluntaria respecto a la fe descuida o rechaza tener por verdadero lo que Dios ha revelado y que la Iglesia propone creer. La duda involuntaria designa la vacilación en creer, la dificultad de superar las objeciones ligadas a la fe o también la ansiedad suscitada por la oscuridad de ésta. Si es cultivada deliberadamente, la duda puede conducir a la ceguera del espíritu.

2089 La incredulidad es la menosprecio de la verdad revelada o el rechazo voluntario de prestarle asentimiento. "Se llama herejía la negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica, o la duda pertinaz sobre la misma; apostasía es el rechazo total de la fe cristiana; cisma, el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice o de la comunión con los miembros de la Iglesia a él sometidos" (CIC, can. 751).

El depósito de la fe confiado a la totalidad de la Iglesia

84 "El depósito sagrado" (cf. 1 Tm 6,20; 2 Tm 1,12-14) de la fe (*depositum fidei*), contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia. "Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la doctrina apostólica y en la unión, en la eucaristía y la oración, y así se realiza una maravillosa concordia de pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida" (DV 10).

El sentido sobrenatural de la fe

91 Todos los fieles tienen parte en la comprensión y en la transmisión de la verdad revelada. Han recibido la unción del Espíritu Santo que los instruye (cf. 1 Jn 2,20.27) y los conduce a la verdad completa (cf. Jn 16,13).

92 "La totalidad de los fieles ... no puede equivocarse en la fe. Se manifiesta esta

propiedad suya, tan peculiar, en el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo: cuando 'desde los obispos hasta el último de los laicos cristianos' muestran estar totalmente de acuerdo en cuestiones de fe y de moral" (LG 12).

93 "El Espíritu de la verdad suscita y sostiene este sentido de la fe. Con él, el Pueblo de Dios, bajo la dirección del magisterio...se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre, la profundiza con un juicio recto y la aplica cada día más plenamente en la vida" (LG 12).

[Volver Direc. Homil.](#)

Inicio

INFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín
¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los

cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos** de la Santa Sede en el **2014**.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

[Volver Información](#)

[Inicio](#)

